

Reportaje

Más alto, más lejos, más rápido y más fuerte Dr. Rafael Polanco Delgado

Pero, primero, aprende a levantarte

Desde los comienzos del pasado siglo ha ido desarrollándose el deporte como una idea, que ha adquirido hoy una importancia ciertamente sorprendente. Precisamente esta realidad dificulta su delimitación clara y precisa.

Lo que entendemos por deporte, no es tanto una cuestión de análisis dimensional científico, sino más bien es asunto tanto de su empleo cotidiano teórico, como de su evolución histórica, cada vez más estrechamente ligada a circunstancias sociales, económicas, jurídicas y políticas. Todos estos elementos amplían, modifican y diversifican no sólo la práctica deportiva en sí, sino también su concepto.

Podríamos definir al deporte como aquella actividad humana, física y mental, sujeta a reglas, donde se demuestra cierta destreza, capacidad, agilidad o fuerza, y que aprovecha al cuerpo y al espíritu.

Juego y deporte

Los conceptos de 'juego' y 'deporte' se funden, se confunden y se tornan a veces difíciles o imposibles de diferenciar. El juego es propio de la especie animal en general, de todas formas en el hombre se restringe predominantemente a la etapa infantil; el deporte en sí, lo referimos más bien al ser humano adulto.

El juego lo podemos entender como algo innato, mientras que el deporte podría en principio no serlo: al ser propia del ser humano, la actividad deportiva es «enseñada» y «creada» por él, mientras que el juego o las ganas de jugar surgen espontáneamente con el instinto de supervivencia, o el instinto sexual.

Para Huizinga, el juego y el deporte pueden considerarse como una institución evolutiva y como un componente básico del desarrollo de la cultura, y realmente, el juego precede. Él defiende la tesis que es mediante el impulso lúdico que la humanidad inicia su despegue cultural, e incluso éste, actualmente, pueda permanecer velado u oculto en múltiples manifestaciones culturales.

Comienzos históricos

En el tiempo, remotas estructuras y utensilios encontrados en China, Irán y Egipto indican que también sus ancestros ejercieron actividades deportivas.

Sin embargo, fueron los antiguos griegos quienes organizaron y desarrollaron los Juegos Olímpicos, practicándolos regularmente cada cuatro años en Olimpia, en el Peloponeso, entre los años 776 A. c y 394 d. C. Sin lugar a dudas, ellos captaron que la educación física forma al hombre por medio del movimiento, desde y en el psicomotor, hacia lo cognitivo-socioafectivo y en función de un diseño de hombre.

Las múltiples disciplinas que practicaron tenían carácter militar y, sin embargo, durante estos juegos se respetaba estrictamente un periodo de tregua.

Tras un secular y olímpico olvido de estas competiciones, las Olimpiadas Modernas iniciaron en 1896, y se deben al esfuerzo de un aristócrata francés, el barón Pierre de

Coubertin. Él sostuvo la conveniencia de celebrar competiciones periódicas, abiertas a atletas aficionados de todas las naciones, sin distinción de credos, razas ni consideraciones de tipo social o político. Posteriormente surgieron las Olimpiadas de Invierno (las primeras fueron en 1924, en Chamonix, Francia), en las que se practican múltiples disciplinas sobre nieve y hielo.

Aún en la actualidad, todas las actividades deportivas suelen ser comentadas, descritas e interpretadas con metáforas bélicas. Curiosamente, en 1970 estalló una confrontación bélica entre El Salvador y Honduras que duró seis días, siendo su detonante, un partido de fútbol. Obviamente ya existían entre ambos países severas tensiones políticas. Hoy cabe admitir que, no rara vez, el deporte se convierte en una guerra sin disparos.

Tipos de deporte

La paleta se amplía una y otra vez. En general distinguimos entre ‘deportes comunes’ y ‘deportes extremos’; entre los primeros podríamos mencionar el fútbol soccer; en el segundo grupo, incluimos aquellos que entrañan un riesgo notorio, como el alpinismo, el buceo, etcétera. Estos últimos siempre requieren una preparación cuidadosa, acompañada de un equipo material adecuado.

Otra clasificación de los deportes, los segrega según sea el uso de capacidades humanas: velocidad, fuerza, etcétera; también se distinguen por los sistemas energéticos (aeróbicos, lácticos o alácticos).

Además, el deporte se puede practicar en diferentes lugares y contextos sociales, como en círculos familiares, de amigos, en clubes, en los polideportivos y en las escuelas, y conforma una parte importante del tiempo libre, el ocio y el entretenimiento.

También podemos hablar de ‘actividades deportivas individuales’, como el salto de pértiga, o ‘colectivas’, es decir, requiriendo equipos con varios jugadores, como en el baloncesto y un largo etcétera.

Actualmente se incluyen dentro del ámbito deportivo actividades motorizadas, del pensamiento (ajedrez) o disciplinas como la doma y adiestramiento de animales (caballos). Con la integración creciente de personas discapacitadas a la vida normal, han aumentado en número y concurrencia competiciones deportivas adaptadas a estas personas, incluso en disciplinas de riesgo.

Características de la actividad deportiva

Durante toda competición, más al acercarse a su fin, prevalecen la incertidumbre, el riesgo y la tensión. Es en esos instantes cuando el atleta hace gala de su destreza, habilidad, conocimientos, valor y fuerza, no sólo física. Y todos estos elementos se transmiten y repercuten en la tensión de los espectadores.

En la porfía deportiva, «algo está en juego». Este ‘algo’ no es el resultado, sino el hecho de que la contienda resulte bien, es decir, que satisfaga a los competidores y a los espectadores. En este contexto, ‘ganar’ quiere decir «mostrarse de alguna manera superior a otro», lo cual redundará no sólo en la misma victoria, también en honor, prestigio, reconocimiento, etcétera.

Ambos, juego y deporte, producen sentimientos de satisfacción biológica, psicológica, social y económica, incluyendo la espiritualidad como forma más profunda de realización personal.

El deportista como paradigma

El atleta que gana la competición se muestra superior a los rivales y, con esto, ha logrado algo más que el juego mismo; el triunfo y su júbilo se desplaza a sus partidarios.

El vencedor se convierte en algo así como en un arquetipo, cada paso que da, en cada torneo que asiste, es un embajador; cada acto que realiza causa sensación; de alguna manera se convierte en modelo o ideal a seguir y a imitar, él siempre es noticia que se divulga urbi et orbi.

El deportista vencedor es un importante ejemplo de lucha y esfuerzo por llegar al lugar en donde se encuentra ahora; sirve de ejemplo a jugadores que recién comienzan su carrera, y esto empuja a otros a que sigan sus pasos.

Arte y deporte

El deporte comparte un alto grado de afinidad con el arte. No sólo encontramos la contienda fuera del ámbito de la utilidad y la necesidad; ambos nos brindan placer y gozo estético. Tanto en el aspecto estático como dinámico, en reposo lo mismo que en movimiento, la sola figura del atleta ya irradia energía, ritmo, equilibrio y armonía.

Incluso numerosas disciplinas deportivas pueden identificarse naturalmente con la expresión artística; recordemos a la gimnasia rítmica, la natación sincronizada o el patinaje artístico. Se trata de tres especialidades que integran música y danza, dos de las bellas artes desde siempre.

El deporte como cultura del movimiento

Ya conocemos que el principal «soporte» del juego es el mismo cuerpo del atleta en forma integrada, aun cuando en ciertos juegos lo mismo que en ciertos deportes, se utilicen áreas preferenciales que tienen estrecha relación con la actividad lúdica.

En la actividad deportiva, lo que los seres humanos proyectamos son nuestras fantasías de competencia, seguridad, elevación y autoestima, siendo por tanto ámbitos de desarrollo de la personalidad. Tanto en el juego como en el deporte hay espacio para la fantasía creadora, la imaginación y la adquisición de nuevas formas de psiquismo.

En comparación con el deporte, la cultura de movimiento posee un diferente centro de gravedad, solamente pretende reservar espacios para el movimiento, sea cual sea. El cuerpo no es para ella solamente un instrumento de eficiencia; sus verdaderas metas son la percepción y la experimentación corporal. El objetivo es la emoción, detrás viene el éxito. De esta forma, la persona alcanza su propio desarrollo mediante el movimiento, y en estas circunstancias estriba su disparidad con el deporte.

Manifestaciones de la cultura del movimiento occidental son la danza, el juego, el deporte, la gimnasia, el ballet, la pantomima, etcétera.

En suma

Los tiempos, y con ellos los deportes, siguen cambiando. Éstos, merced a los medios de difusión masivos, se han convertido en fabulosos espectáculos de multitudes, festejos esperados por muchísimas personas, de los que depende también mucha gente y en donde

se mueven enormes cantidades de dinero, todo ello incluso en lugares geográficamente muy alejados del terreno de juego. Los atletas también se llevan su peculio, pero ellos, al fin y al cabo, son los que «ponen la carne en el asador»; pero los otros –representantes, promotores, agentes, publicistas, medios de comunicación y otros más– son los que se encargan del resto, y al final nadan en la prosperidad: su objetivo es la utilidad.

Pero de todas formas, si la belleza está ligada a la verdad y en el deporte mostramos lo más propio de cada uno de nosotros, no existen nada más que deportes bellos. Aquellos que, además de cumplir con un papel ético, apuntan al bien común.

Un ejemplo notable de esta preservación cultural es la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos, cuando se enciende la vieja antorcha, a los pies del Monte Olimpo (el domicilio de los dioses), en la que el fuego simboliza el principio de la gran fiesta y el ejercicio espectacular de la verdad, de lo mejor y de lo más bello.